

EL FACTOR CULTURAL EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: UNA APROXIMACION A SU ANALISIS HISTORICO

POR

LORENZO DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA

RESUMEN.—La cultura se ha convertido en un elemento esencial de las relaciones internacionales, con múltiples implicaciones que afectan incluso a intereses políticos, económicos o estratégicos. El estudio sobre el papel del factor cultural en las relaciones internacionales ha contado, en las últimas décadas, con importantes aportaciones de varias disciplinas de las ciencias sociales o de los propios protagonistas de la acción cultural en los diversos ámbitos de la práctica diplomática, añadiéndose más recientemente las contribuciones realizadas por la historia de las relaciones internacionales. Dentro del campo de análisis de esta última, se ha concedido una particular atención a la vinculación entre la acción cultural y la política exterior. Francia fue el país pionero, a comienzos del siglo xx, en la organización de una política cultural exterior y en la creación de instituciones oficiales encargadas de su planificación y ejecución. Alemania e Italia, y más tarde la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, también establecerían algunos años después diversos organismos dedicados a fomentar esa dimensión de su política exterior. España no sería ajena a tal orientación, que inicialmente estaría asociada a los propósitos de regeneración nacional por medio del progreso cultural y su interconexión con el exterior, aunque con la implantación del régimen franquista dichos propósitos quedarían desplazados por la supeditación de la acción cultural a los objetivos coyunturales de la política exterior.

PALABRAS CLAVE: Edad Contemporánea, Siglo XX, Relaciones culturales, Relaciones internacionales, Política exterior, Metodología.

ABSTRACT.—The cultural factor in international relations: A historical approach. Culture has become an essential element in international relations. It has several implications which affect political, economic or even strategic interests. During the last decades the study of the role of culture in international relations has made important contributions, of several disciplines, in the field of social sciences. Some of the protagonist who have acted in this cultural field in different diplomatic areas, have expressed their own points of view. Later the history of international relations also contributed to this subject. The history of international relations has dedicated special attention to the links between culture and foreign policy. In the early 20th century, France was the first country to organize a foreign cultural policy.

In this way France created official institutions focused on the planning and executing of its cultural relations. Germany, Italy, later USSR, United Kingdom and USA also established different bodies devoted to increasing their cultural dimension in their external relations. Spain also took part in this policy, linked to the aim of national regeneration through cultural development and by the reinforcement of its connections abroad. During francoism the former purposes were abandoned, subordinating cultural action to targets in the context of foreign policy.

KEY WORDS: Modern Age, 20th century, cultural relations, international relations, foreign policy, methodology.

EL FACTOR CULTURAL EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES:
RECAPITULACIÓN GLOBAL SOBRE UN CAMPO DE ESTUDIO

La sociedad internacional ha experimentado una mutación cualitativa en el transcurso del presente siglo. El incesante desarrollo de los medios de información y comunicación ha transformado las estructuras de la vida social y, por extensión, las relaciones de las distintas sociedades entre sí. Junto al peso tradicional de la política y la economía como agentes determinantes de las relaciones internacionales, la cultura ha ido afianzándose como una componente esencial de las relaciones entre los Estados, los pueblos o el resto de los actores que, con mayor o menor autonomía, ejercen su influencia por encima de las fronteras nacionales. La interrelación cultural no constituye, desde luego, un fenómeno exclusivo de nuestra época. Sin embargo, ha sido a lo largo del último siglo cuando alcanzó una particular relevancia en el marco internacional, avalada por su creciente capacidad de socialización. Si con antelación a la segunda guerra mundial resulta más preciso hablar de relaciones intelectuales, posteriormente puede apreciarse una considerable dilatación en el ámbito de ese concepto. A los intercambios intelectuales, literarios o artísticos se añadió una fluida intercomunicación en facetas como la educación, la ciencia, los procesos técnicos e, incluso, el deporte o el turismo, aspectos que aunque resulte incorrecto englobar sin cierta prevención en el dominio de las relaciones culturales han favorecido el conocimiento de otras sociedades, de diferentes modos de vida, sistemas de valores, tradiciones y creencias.

Por otro lado, las múltiples implicaciones de esa dimensión cultural han quedado patentes en algunas cuestiones de singular repercusión.

sión en la actual organización internacional. En la defensa de los derechos del hombre, que ha actuado como aglutinador de inquietudes en diversos rincones del mundo y como fermento de una cultura política de talante democrático. En la renovada audiencia que puede apreciarse en las manifestaciones religiosas y su confrontación, violenta en ocasiones, con los esquemas de modernización irradiados desde las sociedades industrializadas. En la pujanza que han alcanzado las reivindicaciones de distintas naciones, o de grupos y minorías integrados en las mismas, en aras a preservar determinadas señas de identidad asociadas con sus peculiaridades étnicas, lingüísticas o religiosas. En otras materias que también desbordan los contornos del ámbito cultural para afectar a intereses políticos, económicos o estratégicos, como cabe observar en la importancia concedida dentro del campo de las relaciones internacionales a la cooperación técnica y la ayuda a los países *menos desarrollados*, asignándose un destacado papel a la educación, la formación de élites o las transferencias científicas y tecnológicas. En fin, en el propio comercio de bienes culturales incrementado a partir del auge alcanzado por las industrias de la comunicación, donde a las transformaciones registradas en el terreno editorial, en las agencias de prensa internacionales, la radiodifusión o el cine, se ha agregado la capacidad expansiva de las cadenas de televisión por satélite y las múltiples aplicaciones de los medios audiovisuales, o de la amplia gama de servicios procedentes del acelerado progreso de la telemática y la informática.

La cultura, entendida en sentido amplio, se ha convertido en un producto de masas frente al anterior privilegio de acceso a la misma limitado a *sectores restringidos de la sociedad*, a la par que ha diversificado y extendido su incidencia como elemento de vinculación transnacional. Análogamente, esa eclosión del factor cultural ha estado condicionada por otros efectos del devenir histórico. De una parte, el mundo ha ido convirtiéndose paulatinamente en un espacio acotado e interdependiente en sus múltiples ramificaciones, dando lugar a una coincidencia gradual de las pautas de conducta sociales, generando modelos de referencia caracterizados por su radio de acción planetario. De otra, esa tendencia hacia la homogeneidad ha provocado reacciones de defensa frente a la *contaminación cultural* introducida por aquellas potencias con vocación dominante, motivando una reivindicación de *lo exclusivo y singular* como mecanismo de respuesta ante la amenaza

de asimilación percibida. Sumariamente, la polémica suscitada a este respecto podría sintetizarse en una doble perspectiva: el reconocimiento de una civilización de *lo universal*, derivada del proceso de expansión territorial y económico de las metrópolis industrializadas y del avance de las tecnologías de la comunicación; al lado de la exaltación de la identidad cultural de las naciones, comunidades o minorías de diversa índole, tamizada por la voluntad de afirmar una especificidad que sirviera de contrapeso a las pretensiones de hegemonía implícitas en la anterior orientación (1).

Las diferentes vertientes de la incidencia del factor cultural en las relaciones internacionales adquirieron una incipiente atención, al margen de algunos estudios aislados (2) o de la publicística coetánea, en torno a la década de los años sesenta. Hasta entonces, los análisis de las interacciones que se desarrollaban en el plano internacional tomaban como paradigmas esenciales la competencia política entre los Estados, la primacía de los móviles económicos, o la trascendencia de la revolución tecnológica. El factor cultural suponía un enfoque interpretativo desde el cual pretendía aportarse una visión complementaria. Las primeras aproximaciones al tema estuvieron relacionadas con lo que podría calificarse como *mundialización del hecho cultural*, que encontró un foro permanente de discusión en el seno de la UNESCO (3). La emergencia de nuevos Estados a raíz del proceso de descolonización, sus consecuencias en orden a recuperar una identidad cultural que apuntalase el sentimiento nacional y mitigara la alienación frente a la escala de valores transmitida por las antiguas metrópolis,

(1) Para una profundización en el debate suscitado en torno a esa dualidad, bastante más complejo de lo que el sucinto planteamiento que aquí se esboza pueda reflejar, remitimos a las interesantes reflexiones, entre otros, de R. PREISWERK, «The Place of Intercultural Relations in the Study of International Relations», en *The Year Book of World Affairs*, 32 (1978), págs. 251-267; A. FINKIELKRAUT, *La défaite de la pensée*, París, 1987; S. AMIN, *L'eurocentrisme. Critique d'une idéologie*, París, 1988, y S. LATOUCHE, *L'occidentalisation du monde. Essai sur la signification, la portée et les limites de l'uniformisation planétaire*, París, 1989.

(2) En tal sentido cabe citar el estudio pionero de R. McMURRAY y M. LEE, *The Cultural Approach: Another Way in International Relations*, Chapel Hill-NC, 1947.

(3) En dicho contexto cabe situar los trabajos, entre otros, de W. H. C. LAVES y CH. A. THOMSON, *Unesco, purposes, progress, prospects*, Bloomington, 1957; J. THOMAS, *Unesco*, París, 1962; PHAM-TI-TU, *La coopération intellectuelle sous la Société des Nations*, Genève, 1962, y O. KLINEBERG, *International Exchanges in Education, Science and Culture. Suggestions for Research*, París, 1966.

dieron un carácter más inmediato a las preocupaciones sobre esta materia. Simultáneamente, comenzó a advertirse un mayor interés hacia el papel que había ocupado —y ocupaba— la dimensión cultural como instrumento de apoyo en la proyección internacional de los diferentes países, apareciendo obras dedicadas a perfilar globalmente las iniciativas desplegadas en este ámbito (4).

La problemática ecuación entre acción cultural y política exterior ya se hallaba planteada en algunos de aquellos trabajos, al examinar las dificultades de conciliar una actuación altruista dirigida a facilitar la interconexión de los distintos pueblos, cuyos frutos habrían de recogerse a largo plazo, y otro tipo de medidas fomentadas por los poderes públicos de cada nación, tributarias de motivaciones diplomáticas concretas. Es más, los ensayos sobre la política cultural de las grandes potencias del momento dieron cuenta de una polémica que no era ajena a la coyuntura histórica en que se desarrollaba (5). Una coyuntura caracterizada por el espectacular incremento de la producción y el consumo de masas, con el consiguiente avance de los medios técnicos y las derivaciones de la difusión cultural. Circunstancia que, a su vez, iría acompañada por la sutil impregnación de las conciencias que se ejercía por esta vía, tanto más relevante al saturarse de connotaciones ideológicas en el contexto de la *bipolaridad* de los bloques mundiales (6).

A partir de la reflexión en torno a ese conjunto de elementos, investigadores de varias disciplinas de las ciencias sociales —especial-

(4) C. DOKA, *Les relations culturelles sur le plan international*, Neuchâtel, 1959; P. H. COOMBS, *The Fourth Dimension of Foreign Policy: Educational and Cultural Affairs*, New York, 1964, y L. DOLLOT, *Les relations culturelles internationales*, París, 1964.

(5) F. C. BARGHOORN, *The Soviet Cultural Offensive: The Role of Cultural Diplomacy in Soviet Foreign Policy*, Princeton, 1960; R. BLUM (ed.), *Cultural Affairs and Foreign Relations*, New Jersey, 1963; Ch. A. THOMSON y W. H. C. LAVES, *Cultural Relations and U.S. Foreign Policy*, Bloomington, 1965, y Ch. FRANKEL, *The Neglected Aspect of Foreign Affairs: American Educational and Cultural Policy Abroad*, Washington D. C., 1966.

(6) Vid. O. IANNI, «Impérialisme et dépendance culturelle en Amérique latine», en I. WALLERSTEIN (dir.), *Les inégalités entre états dans le système international: origines et perspectives*, Quebec, 1975, págs. 187-201; H. J. KELLERMAN, *Cultural Relations as an Instrument of U.S. Foreign Policy. The Educational Exchange Program between the United States and Germany, 1945-1954*, Washington D. C., 1978, e Y. H. NOUAILHAT, «Aspects de la politique culturelle des Etats-Unis à l'égard de la France de 1945 à 1950», *Relations internationales*, 25 (1981), págs. 87-111.

mente de la sociología, la ciencia política y la antropología cultural—, afrontaron en las décadas siguientes una indagación más rigurosa sobre las claves de las relaciones culturales en el panorama internacional. Una serie de nociones básicas —como cultura, identidad cultural o relaciones interculturales— fueron revisadas y discutidas para adaptarlas al ámbito de las relaciones internacionales o transnacionales, en correspondencia con el debate abierto sobre el propio sujeto —o sujetos— de tales relaciones. Igualmente, irían diversificándose las perspectivas de análisis del factor cultural (7).

Dicho factor se contempló como un resorte mental que filtraba los fundamentos de la política exterior y el proceso de toma de decisiones, creando pautas de referencia que, a través de distintas representaciones simbólicas —imágenes, percepciones, mitos, estereotipos—, interferían con mayor o menor intensidad en la actitud de los gobernantes, de los grupos políticos y sociales, o de la opinión pública. También se señalaron las discordancias existentes entre estructuras políticas y áreas culturales, que eran susceptibles de explicar el resurgimiento de micronacionalismos culturales en países donde las tendencias centralizadoras se habían superpuesto a una heterogeneidad lingüística, religiosa o racial; que resultaban esclarecedoras, asimismo, para entender determinadas solidaridades transnacionales cimentadas en esos mismos principios —la comunidad de habla inglesa, el fundamentalismo islámico o la reivindicación de la negritud—, o en afini-

(7) W. R. PENDERGAST, «The Political Uses of Cultural Relations», en *Il Politico*, vol. 38, 4 (1973), págs. 682-696; R. PREISWERK, «Relations interculturelles et le développement», en *Le Savoir et le Faire. Relations interculturelles et développement*, Genève, 1975, págs. 11-95, e «Identité culturelle et développement», en *A contre-courants. L'enjeu des relations interculturelles*, Lausanne, 1984, págs. 199-210; J. GALTUNG, «Notes critiques: culture et imperialism», en *Le Savoir et le Faire...*, págs. 97-101; J. LECA, «Notes critiques: confrontation culturelle et modernisation», en *Le Savoir et le Faire...*, págs. 105-116; G. MICHAUD (dir.), *Identités culturelles et relations interculturelles*, Bruxelles/París, 1978; R. J. VINCENT, «The Factor of Culture in the Global International Order», en *The Year Book of World Affairs*, 34 (1980), págs. 254-264; A. SELIM, *L'identité culturelle: relations interethniques et problèmes d'acculturation*, París, 1981; M. MERLE, «Le rôle du facteur culturel dans les relations internationales», en *Forces et enjeux dans les relations internationales*, París, 1981, págs. 339-351; INSTITUT FRANCE-TIERS MONDE, *Dialogue pour l'identité culturelle*, París, 1982, e *Identité culturelle et révolution technologique*, París, 1983, y M. W. SAMPSON III, «Cultural Influences on Foreign Policy», in CH. F. HERMANN, CH. W. KEGLEY JR. y J. N. ROSENAU (eds.), *New Directions in the Study of Foreign Policy*, Boston, 1987, págs. 384-405.

dades de otra índole —internacionales políticas, asociaciones humanitarias o científicas, etc.—. Además de mostrar su conexión con el fenómeno de neocolonialismo y sus efectos en el terreno de la *aculturación*, a través de los cuales se reproducían los términos de la dependencia respecto a las ex-metrópolis o las nuevas potencias dominantes a pesar de la ficción de la soberanía de los países del denominado *Tercer Mundo*. Incluso, llegó a cuestionarse la propia concepción de las relaciones internacionales como manifestación de una suerte de *etnocentrismo occidental* en el dominio cognoscitivo, proponiéndose una ruptura epistemológica que replantease *lo internacional desde lo cultural*, que trascendiese una visión evolucionista del desarrollo incapaz de aprehender el proceso temporal de los pueblos no occidentales, sus esquemas de pensamiento y sus normas de conducta.

Con un enfoque más específico, otro repertorio de trabajos acotaría su objeto de examen a la incorporación del factor cultural como recurso adicional de la política exterior; ya fuera desde una perspectiva global sobre las iniciativas desplegadas en ese ámbito por diferentes Estados y su trascendencia en el escenario más dilatado de las relaciones internacionales (8); ya se dedicaran a trazar la actuación singular de algunas de las naciones que habían concedido una especial atención a esa faceta cultural (9). Una buena parte de las obras

(8) A. HAIGH, *La diplomatie culturelle en Europe*, Strasbourg, 1974; J. RIGAUD, *Les relations culturelles extérieures*, París, 1980; J. M. MITCHELL, *International Cultural Relations*, London, 1986, y más recientemente E. R. HARVEY, *Relaciones culturales internacionales en Iberoamérica y el mundo*, Madrid, 1991.

(9) Sin ánimo de exhaustividad, y eludiendo la cita de trabajos previamente mencionados sobre la política cultural de los Estados Unidos y la Unión Soviética, cabe reseñar entre las obras de contenido general dedicadas a esta cuestión las de J. M. RUIZ MORALES, «Teoría de las relaciones culturales», en *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, 2 (1960), págs. 43-172; A. J. S. WHITE, *The British Council the first 25 years, 1934-1959*, London, 1965; M. ABEILEIN, *Die Kulturpolitik des Deutschen Reiches und der Bundesrepublik Deutschland*, Köln-Opladen, 1968; S. BALOUS, *L'action culturelle de la France dans le monde*, París, 1970; U. GORI, *La «Diplomazia» culturale multilaterale dell'Italia: elementi per uno studio sistematico dell'azione italiana nel quadro di una teoria delle relazioni internazionali*, Roma, 1970; K. DÜWELL, *Deutschlands Auswärtige Kulturpolitik 1918-1932. Grundlinien und Dokumente*, Köln, 1976; H. PEISERT, *Die auswärtige Kulturpolitik der Bundesrepublik Deutschland*, Stuttgart, 1978; A. SALON, *L'action culturelle de la France dans le monde. Analyse critique*, París, 1980, 9 vols.; F. A. NINKOVICH, *The Diplomacy of Ideas: U. S. Foreign Policy and Cultural Relations*, Cambridge, 1981; M. BRUEZIERE, *L'Alliance Française, 1883-1983. Histoire d'une institution*, París, 1983, y F. DONALDSON, *The British Council: The First Fifty Years*, London, 1984.

que inicialmente adoptaron dicho enfoque fueron redactadas por protagonistas directos de la diplomacia cultural, bien funcionarios de los diferentes departamentos de Asuntos Exteriores que ejercieron responsabilidades en este sentido, bien otros profesionales frecuentemente ligados al mundo de la cultura con similares antecedentes de participación en organismos oficiales o privados.

En casi todos esos trabajos ha predominado, por otra parte, la tendencia descriptiva al abordar la trayectoria de esa vertiente diplomática, al compendiar las actividades de los servicios e instituciones encargados de su aplicación. No han faltado juicios de valor genéricos sobre las ramificaciones de la dimensión cultural en el diseño de la política exterior de cada Estado, o alusiones al marco internacional en que se desarrolló tal actuación. En conjunto suponen una importante fuente de datos de carácter organizativo, a la par que proporcionaron indicaciones sobre los móviles que orientaron la acción cultural, sus focos de interés, o los medios empleados para su realización. No obstante, con frecuencia esos trabajos han asumido una inclinación un tanto superficial, casi diríamos *aséptica*, a la hora de inscribir con mayor precisión esta faceta en las coordenadas diacrónicas de la política exterior. Rara vez se han detenido a considerar la visión coetánea que tuvieron sus agentes individuales o institucionales, su escala de preferencias y los motivos no sólo explícitos sino también implícitos que dotaban de significado a sus intervenciones. Ni la variedad de elementos que indujeron a tomar unas iniciativas y desechar, o simplemente relegar, otras posibilidades. Ni las continuidades o cambios que se registraron, a raíz de estímulos que en ocasiones tenían como referencia una situación externa, pero que respondían otras veces a las expectativas internas de los canales burocráticos implicados en la diplomacia cultural. En suma, apenas han profundizado en la dinámica entre los proyectos formulados y su ejecución práctica, entre los objetivos a largo plazo de la acción cultural y los requerimientos a corto y medio plazo de la política exterior.

Las aportaciones a la problemática de las relaciones culturales desde la óptica de la historia de las relaciones internacionales también han sido relativamente recientes, con la particularidad de que se ha procurado integrar en su horizonte de investigación las consideraciones expuestas en algunos de los trabajos realizados previamente desde otras perspectivas. No obstante, la reflexión teórica y la producción

historiográfica en torno a estas cuestiones todavía se encuentra en un estado que podríamos definir como embrionario, en contraste con el perceptible avance experimentado en la indagación sobre temas de orden económico, financiero, político o estratégico. Los *aspectos culturales*, a menudo enlazados con el siempre complicado tratamiento de las mentalidades colectivas y los fenómenos simbólicos, representan por ahora un campo abierto a planteamientos metodológicos innovadores en el análisis de la historia de las relaciones internacionales, pero también un terreno donde se carece de una tradición de estudio suficientemente arraigada (10).

De cualquier forma, esta vía de aproximación al factor cultural ofrece la posibilidad de abordar su examen como un proceso con sucesivos jalones en el tiempo y con un sentido específico inseparable de las circunstancias puntuales de su evolución, susceptible, pues, de aplicar la hermenéutica histórica para distinguir con mayor precisión tanto las motivaciones y elementos de diversa naturaleza que han concurrido en este ámbito de las relaciones internacionales como los ejes básicos de su desarrollo. Además, permite diversificar un variado elenco de temas de investigación. Entre sus focos de interés puede apreciarse la atención hacia la formación intelectual de las personas o grupos que actuaron en los resortes de la diplomacia, hacia los valores asociados a su conocimiento del extranjero o las preconcepciones que

(10) Las esquemáticas formulaciones sobre tales materias recogidas en la obra de P. RENOUVIN y J.-B. DUROSELLE, *Introduction à l'histoire des relations internationales*, París, 1966, han sido desarrolladas posteriormente en varias colaboraciones que fueron desbrozando, a su vez, un sugestivo compendio de temas de estudio, y entre las que pueden destacarse las del propio J.-B. DUROSELLE, «Opinion, attitude, mentalité, mythe, idéologie: essai de clarification», en *Relations internationales*, 2 (1974), págs. 3-23; S. FRIEDLÄNDER, «Mentalité collective et caractère national. Une étude systématique est-elle possible?», en *Relations internationales*, 2 (1974), págs. 25-35; P. MILZA, «Culture et relations internationales», en *Relations internationales*, 24 (1980), págs. 361-379, y «Mentalités collectives et relations internationales», en *Relations internationales*, 41 (1985), págs. 93-109; J. F. FREYMOND, «Rencontres de cultures et relations internationales», en *Relations internationales*, 24 (1980), págs. 401-413; A. RESZLER y A. BROWNING, «Identité culturelle et relations internationales (Libres propos sur un grand thème)», en *Relations internationales*, 24 (1980), págs. 381-399, y R. GIRAULT, «L'imaginaire et l'histoire des relations internationales», en *Relations internationales*, 33 (1985), págs. 3-9, y «L'histoire des relations internationales peut-elle être une histoire totale?», en *Enjeux et puissances. Pour une histoire des relations internationales au XXe siècle. Mélanges en l'honneur de Jean-Baptiste Duroselle*, París, 1986, págs. 29-39.

transmitían después en su información. También el intento de desenrañar el peso de esos presupuestos culturales sobre las opciones de política exterior consideradas o puestas en práctica por los hombres de Estado, sobre las valoraciones que se emitían en los escalones intermedios que jalonaban el proceso de toma de decisiones, o sobre las posiciones tomadas por la opinión pública. Asimismo, habría que destacar los efectos del factor cultural en el marco más amplio de las relaciones inter-estatales. Su papel como canal de penetración e influencia en el exterior de los diferentes gobiernos, como campo de enfrentamiento en coyunturas determinadas entre potencias rivales, o como recurso de países situados en un plano secundario en la escena internacional en aras a preservar una cierta independencia frente a los fenómenos de asimilación. Su reflejo sobre la cohesión de sectores sociales de distintas naciones que comparten ciertos rasgos de su cultura política, o que muestran una afinidad intelectual, profesional, religiosa o económica. Su conexión con la auto-imagen de un país o la hetero-imagen de sus interlocutores que tienen los cuadros dirigentes o el resto de la sociedad. En definitiva, su influencia en la selección y ejecución de estrategias de vinculación internacional, mediante una combinación de *elementos episódicos* ligados a la variabilidad de los diversos contextos históricos y *tendencias recurrentes* cimentadas sobre la compleja idea de la identidad nacional y su proyección hacia el exterior.

A título de recapitulación, las principales hipótesis interpretativas planteadas para abordar la incidencia del factor cultural en las relaciones internacionales podrían sintetizarse en tres grandes apartados, según fuera concebido dicho factor como:

- Un subproducto de la actividad política de los Estados, más ligado a la propaganda y a la conclusión de acuerdos beneficiosos de distinta índole, o a la obtención de mejoras en las relaciones diplomáticas, sin desdeñar su eventual contribución a la difusión e intercambio de ideas.
- Un plano dotado de autonomía respecto a las demás vertientes de las relaciones internacionales, con capacidad para explicar comportamientos concretos no aprehensibles desde otros enfoques analíticos.

- Un elemento integrador que determinaría las conductas de los distintos agentes internacionales, de tal forma que las relaciones interculturales serían el marco globalizador desde el cual podrían examinarse las propias relaciones internacionales (11).

La primera de las hipótesis interpretativas enunciadas, es decir, aquella que considera la acción cultural como una variante de la política exterior, ha constituido hasta el momento una de las líneas de análisis preferente, aunque por supuesto no exclusiva, dentro de la historiografía sobre las relaciones internacionales.

ACCIÓN CULTURAL Y POLÍTICA EXTERIOR: BREVE INTRODUCCIÓN HISTÓRICA Y PAUTAS GENERALES DEL CASO ESPAÑOL

La irradiación cultural representó un medio de influencia indirecta desde que la expansión de las metrópolis industrializadas alcanzó una escala mundial, a tenor de su capacidad para inculcar en las élites locales el sistema de valores y los hábitos de comportamiento de las respectivas naciones colonizadoras. Tal fenómeno no suponía originalmente una manifestación consciente y explícita de la voluntad de ampliar a este ámbito los efectos de la dominación imperialista, sino que obedecía más bien a una determinada concepción sobre la *misión civilizadora* que las metrópolis debían asumir respecto a las *sociedades menos evolucionadas* que se encontraban bajo *su tutela*, a la lógica de la potencia y del desarrollo técnico y científico. La progresiva toma de conciencia en torno a las posibilidades que abría la dimensión cultural en la extensión y asentamiento de las diferentes zonas de influencia comenzó a apreciarse en las últimas décadas del siglo pasado. Las iniciativas en este orden tendrían inicialmente carácter privado o semiprivado, ligado a la actuación de ciertos medios de negocios en áreas geográficas concretas, a la prolongación en el terreno cultural de la obra evangelizadora y humanitaria desplegada desde tiempo atrás por las congregaciones religiosas, o a la labor llevada a cabo desde sectores universitarios que perfilaron una acción cultural de nuevo cuño

(11) R. PREISWERK, «Relations interculturelles ...», págs. 21-22, y M. MERLE, «Le rôle du facteur culturel ...», págs. 342-343.

donde se proyectaba una imagen positiva de su país de origen a través de la difusión de su lengua y su patrimonio cultural (12).

La principal vía de intervención fue la creación de centros escolares que se ocupaban de la enseñanza del idioma fuera de las fronteras nacionales, sin olvidar el establecimiento en el exterior de algunas instituciones culturales dedicadas a cuestiones más específicas. Los objetivos inmediatos consistían en favorecer una estrategia complementaria de *penetración pacífica* que reforzase la implantación política y económica y otorgase una posición ventajosa frente a otras potencias concurrentes, impedir la asimilación cultural de núcleos de emigrantes del propio país asentados en otra nación, o incrementar el prestigio de los promotores de esa irradiación cultural. El país pionero en la proyección decidida de su cultura más allá de sus fronteras fue Francia, si bien las emergentes naciones alemana e italiana, y en menor medida Gran Bretaña, también empezarían a preocuparse en fecha temprana por esta materia. De hecho, tanto Francia como Alemania e Italia crearían, ya en los umbrales del siglo xx, dependencias integradas en sus respectivas estructuras diplomáticas para ocuparse de la acción cultural hacia el exterior (13).

Ese tipo de actuaciones se vería reforzado a partir del nuevo siglo como consecuencia de la irrupción en los países más industrializados de la opinión pública y la propaganda como agentes interactivos en la modulación de las decisiones políticas de alcance nacional y, simultáneamente, por la resonancia creciente que ambos fenómenos empezaron a tener en el terreno de las relaciones internacionales. A la base de tal proceso estarían las mejoras registradas en las condiciones socioeconómicas, la participación política y la formación cultural de sectores de la población cada vez más dilatados, junto al notable progreso experimentado por los medios de comunicación y su incidencia entre unas capas populares urbanas en rápido crecimiento. La cristalización

(12) P. MILZA, «Culture...», págs. 362-365.

(13) Vid. L. DOLLOT, *Les relations culturelles...*, pág. 36; A. HAIGH, *La diplomatie culturelle...*, págs. 30-32; A. SALON, *L'action culturelle de la France...*, vol. I, págs. 43-48 y 114-173; M. ABELEIN, *Die Kulturpolitik...*, págs. 106-112; J. M. MITCHELL, *International Cultural...*, págs. 22-27, y E. SERRA, *La diplomazia in Italia*, Milán, 1988, págs. 34-40. Una aproximación a las características de dicha intervención en una zona específica en J. THOBIE, «La France a-t-elle une politique culturelle dans l'Empire ottoman à la veille de la première guerre mondiale?», en *Relations internationales*, 25 (1981), págs. 21-40.

de la llamada *sociedad de masas* implicaría, en definitiva, la ampliación de los canales de formación e información, con el consiguiente protagonismo en ascenso de sectores sociales antes relegados de la dinámica política. La opinión pública adquiriría gradualmente una componente más diversificada, con capacidad para tomar posición ante las distintas opciones políticas o presionar a los usufructuarios del poder. El dominio de la opinión supondría, pues, un mecanismo más para acceder a los resortes de aquél o conservar la situación de hegemonía. Paralelamente, la propaganda se convertiría en un instrumento para moldear y encauzar esa opinión, utilizando para su finalidad persuasiva los recursos que proporcionaba el avance en las técnicas de comunicación de masas. Los efectos de ambos agentes, opinión pública y propaganda, no quedarían limitados al plano interior de las diferentes naciones. La política exterior, aún conservando su carácter de parcela restringida a las minorías formadas en los arcanos de la trama diplomática, comenzó a resentirse igualmente de las consecuencias generadas por el progresivo desenvolvimiento de la sociedad de masas.

La primera guerra mundial pondría de relieve la importancia de los factores psicológicos superpuestos a la acción política o económica, su peso en el mantenimiento del esfuerzo de retaguardia y su capacidad para elevar la moral en el campo bélico o minar la resistencia del enemigo. Pero, además, supondría la manifestación palpable del valor añadido que tenía la divulgación de los argumentos de los bandos enfrentados entre la opinión pública de las naciones aliadas o neutrales. La propaganda política encontró la cooperación del mundo intelectual para avalar la justicia de las respectivas causas, tradujo a términos culturales, de pugna entre modelos de civilización y convivencia internacional, los valores que defendía cada contendiente (14). Al concluir el conflicto, la imagen negativa asociada a la propaganda política directa, junto a la evidencia de sus resultados contraproducentes sobre la opinión pública, dieron lugar a una paulatina transformación de los organismos encargados de ese *servicio de guerra*

(14) S. ROMANO, «La política culturale come política estera», en *Opinion publique et politique extérieure*, Roma, 1985, vol. III, págs. 295-296, y G. COLIN y J. J. BECKER, «Les écrivains, la guerre de 1914 et l'opinion publique», en *Relations internationales*, 24 (1980), págs. 425-442. Un análisis sobre un caso concreto de esa propaganda a través de la cultura en A. NIÑO RODRÍGUEZ, *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España, 1875-1951*, Madrid, 1988, págs. 209 y sigs.

en departamentos que debían trabajar por el entendimiento entre las naciones y la conservación de la paz. La intensificación de los vínculos culturales sería uno de los mecanismos concebidos para fomentar una atmósfera de comprensión internacional. En el foro que velaría por la construcción de un nuevo orden mundial, la Sociedad de Naciones, se fundó a propuesta francesa —y con sede en París— un Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, consagrado a favorecer los contactos intelectuales y el trasvase de experiencias científicas, universitarias y docentes (15).

Ahora bien, al lado de esa idílica aspiración, la definitiva gestación en diferentes países de una verdadera política cultural exterior, organizada y ejecutada desde las instancias oficiales, obedeció a propósitos más particulares e interesados. En el período de entreguerras varias naciones, principalmente europeas, comenzaron a utilizar sistemáticamente esta modalidad de intervención, sustentada en la extensión del conocimiento de su lengua y de sus creaciones culturales, con una finalidad múltiple. Para proyectar fuera de sus fronteras una imagen favorable, susceptible de reforzar en el exterior las corrientes de simpatía y solidaridad hacia el país en cuestión, despertar la afinidad de los medios intelectuales extranjeros e ir ganando voluntades entre sus cuadros dirigentes. Para modular la opinión pública de otras naciones en idéntico sentido, a través de una impregnación diluida y prolongada que eludiera los inconvenientes inherentes a la propaganda directa. Para conservar el sentimiento de nacionalidad entre las colonias de emigrantes, propiciando igualmente el concurso de esos núcleos de población en la difusión de la cultura nacional en sus lugares de asentamiento. En suma, como un nuevo elemento de política exterior al que habría de concederse una singular atención para apoyar y acrecentar su prestigio e influencia internacional. Tal dinámica iría consolidándose con el desarrollo de los servicios integrados en las estructuras diplomáticas para articular y potenciar las diversas facetas

(15) A este respecto, además del citado estudio de PHAM-TI-TU, pueden consultarse los trabajos más actualizados de Ch. BERKI, *L'UNESCO: «Une entreprise erronée?»*, París, 1991, págs. 53-86, y J.-J. RENOLIET, «La genèse de l'Institut international de Coopération intellectuelle», en *Relations internationales*, 72 (1992), págs. 387-398. En idéntico contexto histórico y con motivaciones afines se pondría en marcha el proyecto de erigir, también en París, una Ciudad Internacional Universitaria. F. SERENI, «La Cité internationale universitaire de Paris 1925-1950. De la Société des Nations à la construction de l'Europe», en *Relations internationales*, 72 (1992), págs. 399-407.

del intercambio cultural. A ellos se agregaría la asistencia de otras instituciones formalmente autónomas respecto al aparato estatal, pero ligadas a éste mediante subvenciones a sus actividades, vinculaciones de tipo personal, o facilidades en el desenvolvimiento de su labor.

En Francia, el Servicio de Obras francesas en el extranjero sucedió en 1920 a la Oficina de Escuelas y de Obras francesas en el extranjero —creado en 1900—, ramificándose en diversas secciones. Sus cometidos abarcaban: el intercambio de profesores universitarios, el envío de lectores y la concesión de becas a estudiantes extranjeros; la fundación y tutela de las escuelas, liceos e institutos establecidos fuera del territorio nacional; la exposición del pensamiento y el arte francés, o la reivindicación de su pasado histórico, utilizando el libro como principal vehículo de esa divulgación del *genio nacional*, además de apoyar a otros organismos que colaboraban desde tiempo atrás en la propagación de la influencia francesa en este ámbito —como la Alianza francesa o la Misión laica de Francia—, o a las asociaciones y comités bilaterales que servían para fortalecer las relaciones con las élites intelectuales, políticas y diplomáticas de determinados países. Alemania también respondería tempranamente en tal sentido, dotándose en 1920 de una Dirección de la Germanidad en el extranjero y de Asuntos Culturales. En este caso, la protección de las señas de identidad culturales y lingüísticas de sus colonias de emigrantes constituyó un objetivo prioritario, sin que ello implicara descuidar otras vertientes de la política cultural en las que participarían instituciones fundadas en los años siguientes, como la Institución Pedagógica Alemana hacia el exterior, la Fundación Alexander von Humbolt, el Servicio Académico Alemán Exterior, o el Goethe Institut creado en 1932 como organismo coordinador de la enseñanza de la lengua alemana en el extranjero (16).

(16) Aportaciones de contenido global sobre la actuación en este ámbito de ambas naciones pueden encontrarse en A. SALON, *L'action culturelle de la France...*, vol. 1, págs. 173-220; C. BARBIER de BONNAY, *Le SOFE du Ministère des Affaires Etrangères entre les deux guerres mondiales*, Paris, 1983; A. MARES, «Puissance et présence culturelle de la France. L'exemple du Service des Oeuvres françaises à l'étranger dans les années 30», en *Relations internationales*, 33 (1983), págs. 66-67; M. ABELEIN, *Die Kulturpolitik...*, págs. 116-119, y W. SCHIEDER, «Dalla propaganda culturale estera alla politica culturale estera», en *Opinion publique...*, vol. II, págs. 249-255. En el terreno de las relaciones bilaterales, o de la proyección cultural hacia países o áreas geográficas determinadas, cabe citar los trabajos de P. GUILLEN, «La politique cultu-

Más sesgada hacia móviles de propaganda inmediatos sería la acción cultural desplegada por la Unión Soviética, que en 1925 ponía en marcha una Sociedad panunionista para las relaciones culturales con los países extranjeros (V.O.K.S.) mediatizada por la intención implícita de alentar un proselitismo militante. La necesidad de buscar apoyos internacionales que contrarrestaran la hostilidad de su entorno exterior imprimiría a esa actuación un marcado talante ideológico. Igualmente, el régimen fascista italiano reconvertiría los servicios dedicados con antelación a estas cuestiones en una orientación similar a la tomada por la Unión Soviética. La irradiación cultural, que desde finales del siglo anterior venía llevando a cabo la Sociedad Dante Alighieri, iría ajustándose a las funciones de una propaganda cultural que canalizarían también los Institutos de Cultura, constituidos a partir de 1926, y el Comité para la expansión de la Cultura italiana al exterior, desde 1928. Proceso que culminaría años después en el Instituto para las Relaciones Culturales con el Exterior, en el cual estas competencias a menudo aparecieron entrelazadas con las actividades de las filiales del partido fascista fuera de sus fronteras. Otro tanto ocurriría en Alemania tras el acceso de Hitler al poder, con la transformación de la Dirección de Asuntos Culturales por la Dirección de Política Cultural, cambio de denominación tras el cual podía apreciarse la intensificación de la propaganda ideológica que prevalecería a partir de entonces. Finalmente, Gran Bretaña y los Estados Unidos demorarían hasta la década de los años treinta su incorporación al conjunto de naciones que disponían de departamentos gubernamen-

relle de la France en Italie dans les années 1918-1922», en *Relations internationales*, 25 (1981), págs. 67-85; G. MARTINIERE, «Aux origines de la coopération universitaire entre la France et l'Amérique latine: Georges Dumas et le Brésil (1900-1920)», en *Relations internationales*, 25 (1981), págs. 41-66; E. DECLEVA, «Relazioni culturali e propaganda negli anni '30: i Comitati "France-Italie" e "Italia-Francia"», en *L'incerto alleato. Ricerche sugli orientamenti internazionali dell'Italia unita*, Milán, 1987, págs. 171-219; J.-M. DELAUNAY, *Des Palais en Espagne. L'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XXe siècle, 1909-1979*, París, 1987, 5 vols., y «L'Espagne, un champ ouvert. Rivalités et illusions culturelles en péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles)», en *Relations internationales*, 50 (1987), págs. 215-227; G. MATTHIEU, *Une ambition Sud-Américaine. Politique culturelle de la France (1914-1990)*, París, 1991, junto a las colaboraciones recogidas en las obras colectivas de J.-B. DUROSELLE y E. SERRA (eds.), *Il vincolo culturale tra Italia e Francia negli anni trenta e quaranta*, Milán, 1986, y H. M. BOCK, R. MEYER-KALKUS y M. TREBITSCH (eds.), *Entre Locarno et Vichy. Les relations culturelles franco-allemandes dans les années 1930*, París, 1993, 2 vols.

tales encargados de promocionar esa proyección cultural hacia el exterior, creándose en 1934 el Comité Británico para las relaciones con otros países —antecedente del British Council que se establecería en 1940— y en 1938 la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado norteamericano. Esas dos instituciones desempeñarían un destacado papel en el transcurso de la segunda guerra mundial, al igual que los dos países mencionados tendrían una influencia determinante en la ulterior gestación del nuevo foro mundial de diplomacia cultural multilateral: la UNESCO (17).

En el marco de tales coordenadas generales tendría lugar, a su vez, la creación en España de instituciones oficiales dedicadas a fomentar las relaciones culturales con el extranjero. En coincidencia con la dinámica apreciable en otros países sobre este particular, la implantación en el seno de su estructura diplomática de servicios encargados de organizar y coordinar ese canal de vinculación internacional fue tributaria de las experiencias e iniciativas de sectores intelectuales determinados. No obstante, en el caso español, el estímulo originario para la intensificación de ese tipo de relaciones con el exterior no tuvo un carácter fundamentalmente expansivo semejante al de otras naciones, sino que en sus primeros compases prevaleció una tendencia receptiva. El yermo panorama educativo y científico español, unido a una postración internacional cada vez más acusada, generarían en ciertos grupos de la intelectualidad del país un compromiso hacia la *apertura de horizontes*, que contemplaba como meta final la equiparación de España con las sociedades más avanzadas de su tiempo por medio de la cultura.

La génesis en España de una relación cultural sistemática y organizada con otros actores internacionales estuvo protagonizada por los sectores intelectuales allegados a la Institución Libre de Enseñanza

(17) Vid. F. C. BARGHOORN, *The Soviet Cultural...*, págs. 17 y sigs.; E. SERRA, *La diplomazia in Italia...*, págs. 41-43 y 112 y sigs.; U. GORI, *La «Diplomazia» culturale...*, págs. 13-14 y 35-37; los estudios monográficos sobre el British Council ya citados de A. J. S. WHITE y F. DONALDSON; A. THOMSON y W. H. C. LAVES, *Cultural Relations...*, págs. 27-57, junto a las obras, que trazan una panorámica de conjunto o abordan el proceso de gestación de la UNESCO, de A. HAIGH, *La diplomatie culturelle...*, págs. 32-65; L. DOLLOT, *Les relations culturelles...*, págs. 37 y sigs. y 62 y sigs.; J. M. MITCHELL, *International Cultural...*, págs. 35 y sigs.; E. R. HARVEY, *Relaciones culturales...*, págs. 19-23; Ch. BEKRI, *L'UNESCO...*, págs. 87-143, y G. ARCHIBALD, *Les Etats-Unis face à l'UNESCO 1944-1963*, París, 1991, 3 vols.

que, en los umbrales de este siglo, comenzaron a insuflar en el entramado de la administración sus expectativas de reforma cultural mediante la formación universitaria y científica desarrollada en el extranjero, de *regeneración nacional a través del desarrollo cultural y su interconexión con el exterior*. Para esos círculos intelectuales la cultura representaba un medio capaz de ir forjando los cuadros que el país requería para promover una mutación de las obsoletas estructuras *espirituales* y materiales que lastraban su porvenir. Al hilo de tales expectativas, que tuvieron en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas a su promotor más sobresaliente, y en correspondencia con la experiencia de las naciones a las que pretendía emularse —singulamente con la actuación de Francia en este ámbito—, fue tomándose conciencia igualmente de la viabilidad de proyectar hacia el exterior el esfuerzo cultural que venía desplegándose en España. Desde la óptica de esos grupos institucionistas, la expansión cultural agregaría un estímulo adicional a las iniciativas acometidas para mejorar el bagaje intelectual y científico interior, vigorizando la posición internacional del país al superar la debilidad de su *potencia material* a través de la conjunción y el aprovechamiento de sus *fuerzas morales*, e incorporándose simultáneamente en la estela de las principales naciones de Europa (18).

Como otras empresas de cuño institucionista, el diseño original de las pautas de la acción cultural exterior partió de voluntarismos individuales y de contactos personales con algunos responsables políticos, con la intención de ir precisando objetivos, estudiando sus puntos de partida y proponiendo medidas concretas que echaran los cimientos de una obra sólida y estable. La fundación en 1921 de una Oficina de Relaciones Culturales Españolas en el seno del Ministerio de Es-

(18) Sobre las expectativas de «europeización» de España mediante la reforma cultural y su enlace con la labor desarrollada por la Junta para Ampliación de Estudios, *vid.* el planteamiento global de J. MARICHAL, «La europeización de España (1898-1956)», *Sistema*, 86-87 (1988), págs. 53-60, y particularmente los trabajos de F. J. LAPORTA, A. RUIZ MIGUEL, V. ZAPATERO y J. SOLANA, «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios», y «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (2.ª parte)», ambos artículos en *Arbor*, 495 y 499-500 (1987), págs. 17-87 y págs. 9-137, respectivamente; C. GAMERO MERINO, *Un modelo europeo de renovación pedagógica: José Castillejo*, Madrid, 1988, junto a las diversas colaboraciones reunidas en J. M. SÁNCHEZ RON (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, 1988, 2 vols.

tado, encargada de recabar información y preparar medidas que promocionasen la enseñanza de su idioma y el conocimiento e intensificación de su proyección cultural en el extranjero, constituyó el ensayo preliminar de esa conducta. Como otras empresas de cuño institucionalista, sus perspectivas fueron cribadas por los avatares políticos españoles, sin que tampoco dejaran de tener una evidente repercusión en tal sentido las reticencias de los circuitos burocráticos a admitir unas demandas de autonomía que limitaban su radio de influencia. En cualquier caso, en el preludio de la proyección cultural trató de colocarse el acento en *lo cultural*: en el fomento del emergente hispanismo de otros países; en la atención al mantenimiento de las señas de identidad lingüísticas y culturales de la emigración o de los núcleos de población hispano parlante diseminados por el mundo, en la recuperación del ascendiente español en el subcontinente americano y la potenciación de los vínculos de este orden que ligaban a los pueblos de ambas orillas del Atlántico. La Segunda República, al menos en sus años iniciales, cuando las capas directivas de la nación cifraban sus esperanzas de cambio entre otros elementos en la reforma cultural auspiciada desde tiempo atrás, representó el exponente más acabado de un propósito de planificar e impulsar esa acción cultural exterior de signo eminentemente cultural (19).

No obstante, con antelación al frustrado episodio reformista republicano, ya había aflorado otra interpretación alternativa en este ám-

(19) Un planteamiento de conjunto sobre los orígenes y evolución en el primer tercio del siglo de la política cultural española hacia el exterior puede encontrarse en L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, 1992, págs. 18-70. Para el mismo período, pero centrados en la dimensión americana de esa acción cultural, A. NIÑO RODRÍGUEZ, «L'expansion culturelle espagnole en Amérique hispanique (1898-1936)», en *Relations internationales*, 50 (1987), págs. 197-215, «La Segunda República y la expansión cultural en Hispanoamérica», en *Hispania*, LII, 181 (1992), págs. 629-653, e «Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)», en P. PÉREZ HERRERO y N. TABANERA (coords.), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, 1993, págs. 15-48; N. TABANERA, «La Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado, 1931-1936. Una imagen de América latina en un organismo oficial bajo la república», en M. HUGUET, A. NIÑO y P. PÉREZ (coords.), *La formación de la imagen de América Latina en España 1898-1989*, Madrid, 1992, págs. 43-64, e «Institucionalización y fracaso del proyecto republicano (1931-1939)», en *España/América Latina...* págs. 49-90, y J. FORMENTIN IBÁÑEZ y M. J. VILLEGAS SANZ, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, 1992.

bito, que insistía fundamentalmente en su *lectura política*, en su adecuación y subordinación a los dictados de la política exterior y la práctica diplomática. Tal actitud, cuyo esbozo aún incipiente pudo apreciarse en el transcurso de la dictadura de Primo de Rivera, con la creación en 1926 de la Junta de Relaciones Culturales que reemplazó a la Oficina mencionada líneas atrás, alcanzó su expresión definitiva después de la guerra civil española, consolidándose firmemente a partir de entonces. La cultura quedó puesta al servicio de la política, hasta el punto de que el régimen franquista llegó a implicar la sustitución de una *política cultural de Estado* por una *política cultural del Estado*. Matización que cobró todo su sentido a raíz de la accidentada singladura internacional de la última dictadura española, otorgándose un mayor énfasis a lo largo de su evolución a aquellas líneas de actuación con una conexión más inmediata respecto a los principales vectores de su política exterior en cada momento, mientras que en el resto de las actividades apenas se iba más allá del mantenimiento de los distintos servicios. La acción cultural desplegada hacia América Latina resulta suficientemente ilustrativa de la sucesiva adecuación que sufrieron los objetivos de este canal de vinculación internacional en consonancia con los requerimientos de la política exterior del régimen franquista, de su supeditación a los mismos y del fuerte carácter instrumental que llevó asociada esta dimensión, plasmado en la trayectoria de los organismos establecidos para ocuparse de su planificación y ejecución, el Consejo de la Hispanidad y posteriormente el Instituto de Cultura Hispánica (20).

(20) Sobre la actuación del bando franquista durante la guerra civil en el terreno de las relaciones culturales, *vid.* A. ALTED VIGIL, *Política del nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, 1984, págs. 111-145 y 231-248. Otro análisis sobre el mismo período, que abarca además la trayectoria posterior de la política cultural española en el curso de la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra, en L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Imperio de papel...*, págs. 71-462. Al igual que ocurre para el período anterior, la actuación en este ámbito respecto a América Latina ha recibido un tratamiento algo más amplio dentro de las escasas aportaciones sobre esta cuestión que pueden encontrarse en la historiografía española. *Vid.* L. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1955*, Madrid, 1988, «Percepciones y estrategias culturales españolas hacia América Latina durante la Segunda Guerra Mundial», en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2, 2 (1991), págs. 5-25, «Imagen, efecto ideológico, propuestas de acción: el régimen franquista y América Latina», en *La formación de la imagen...*, págs. 113-146, y «Entre la Hispanidad beligerante y la Comunidad Hispánica de Naciones (1939-1955)», en

Ciertamente, esa acción cultural adquirió una progresiva institucionalización y dispuso de importantes recursos económicos en determinadas coyunturas, si bien tales deferencias respondieron básicamente a las ventajas que habría de reportar su empleo ante la dificultad para conseguir por métodos más directos los propósitos que se deseaban, ante la necesidad de adoptar una táctica de discreción que eludiera eventuales secuelas negativas. A la postre, el significado original de la proyección cultural, como ocurrió con el propio recuerdo de quienes fueran sus más destacados promotores, quedó sensiblemente desfigurado. La promoción de la cultura española fuera de sus fronteras, la preocupación por asegurar la formación educativa de sus emigrantes y el estímulo hacia el intercambio intelectual con otros pueblos, se trocaron en el vehículo de legitimación exterior de un régimen político condenado al ostracismo, en el intento de adoctrinamiento de los compatriotas expatriados y en la búsqueda pertinaz de apoyos que colaborasen a la rehabilitación internacional de la dictadura franquista.

Tras el desenlace de la segunda guerra mundial los organismos encargados de canalizar las relaciones culturales con el extranjero, integrados en el engranaje diplomático o vinculados institucionalmente con el mismo, completaron en líneas generales un proceso de configuración que remitía a las décadas iniciales del presente siglo. Su estructura iría renovándose con posterioridad, aunque en sus trazos básicos no experimentarían modificaciones significativas hasta los años cincuenta. Es más, a excepción de la Junta de Relaciones Culturales, que desaparecería definitivamente a comienzos de 1957 dejando su lugar a una Comisión Delegada del Gobierno para Acción Cultural, sobrevivirían incluso al dilatado período dictatorial. La Dirección General de Relaciones Culturales mantuvo su denominación y cometidos en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores. El Instituto de Cultura Hispánica acabó transformándose en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, siendo objeto de una sustancial revisión en sus competencias y procedimientos. Las funciones de tales organismos asistirían a un paulatino ajuste conforme fue modificándose el contexto internacional del régimen franquista, o por la propia dinámica interna

España/América Latina..., págs. 91-136, y E. GONZÁLEZ CALLEJA y R. PARDO SANZ, «De la solidaridad ideológica a la cooperación interesada (1953-1975)», en *España/América Latina...*, págs. 137-180.

de sus atribuciones. Otro tanto ocurriría con la Junta de Relaciones Culturales, antes de ser reemplazada, y con el Instituto Hispano-Arabe de Cultura, fundado en 1954 para complementar esa línea de actuación hacia otra zona geográfica concreta. Su desenvolvimiento estaría mediatizado por las oscilaciones de la problemática acomodación exterior de la dictadura; por la integración española en los resortes de la diplomacia cultural multilateral desde su ingreso en la UNESCO; en fin, por la adaptación del régimen al sistema económico y estratégico occidental sin renunciar a la pervivencia de unos moldes políticos que, si bien impidieron una asimilación plena en las principales organizaciones internacionales de su entorno, permitieron en contrapartida el mantenimiento de su forma de gobierno hasta la muerte del dictador.